

cordar yo en mis adentros algunos versículos de la Biblia, continuamos nuestra marcha muy alegres aunque muy fatigados, aspirando el aroma de las muchas flores silvestres que esmaltan aquel suelo, y escuchando el canto de los variados pájaros que anidan en aquella frondosa espesura. Francisco Morcos, que siempre iba el primero, siempre veinte ó treinta pasos delante, se paró junto á unas tiendas de campaña que habian plantado unos viajeros rusos y echó pié á tierra, lo que todos hicimos cuando llegamos á donde él se habia apeado. ¡Qué placer tan grande experimentamos al aspirar la frescura que despedia la fuente de Eliseo! Toda el agua de la Palestina está en cisternas, es decir, en profundos pozos, que ocultan en su seno el manantial; con la fuente de Eliseo no sucede esto: allí se ven brotar de la tierra quince ó veinte manantiales claros, murmuradores, cristalinos, que forman un limpio estanque, en cuyas orillas abren sus corolas multitud de florecillas silvestres, y en cuyos contornos crecen en seductor tropel las higueras, los granados, los sauces, los sicómoros y otros mil árboles propios de aquel fecundo país.

Esta fuente, llamada por los árabes Ain-Sultan, forma, como hemos dicho, una balsa ó estanque circular de cuatro metros de diámetro, donde nacen los manantiales que, convertidos luego en delicioso arroyo, riegan los campos de Jericó. Esta balsa conserva restos de una muralla que la rode

en otro tiempo, cuya muralla se cree ser obra debida á Herodes «el grande»; así como tambien se cree, que en esta balsa más honda entónces que ahora, fué donde el mismo Herodes mandó ahogar á su cuñado el gran sacerdote Aristobuto, por temores de que el pueblo colocara en las sienas de aquel la corona que ceñia las suyas. Se llama la Fuente de Eliseo esta fuente, porque quejándose el pueblo de Israel de que sus aguas eran amargas las convirtió en dulces el profeta Eliseo. Permanecimos gran rato en tan placentero lugar, y montando despues á caballo nos metimos en medio de la campiña, y caminando hácia el Sur llegamos por fin á nuestro paradero, que era la Locanda de Jan-á-Jabas, la cual dista un cuarto de legua de las ruinas de Jericó.

IV.

Es la Locanda de Jan-á-Jabas un edificio de un solo piso, único en sus contornos, en el cual se entra subiendo tres gradas veladas por un baldaquino cubierto de trepadoras flores. Se compone esta locanda de un salon largo y ancho pintado de color plomo con líneas negras imitando piedra sillar; su techumbre está formada de madera sin labrar y cañizo: en la testera se abre una puerta sin más defensa que una cortina, cuya puerta conduce á una pequeña habitacion por la que se sale al jardín. Como el salon de color plomo sirve de come-

dor, tiene en medio una gran mesa y se halla todo él rodeado de divanes de percal. En el lienzo de la derecha se abre otra puerta con solo cortinas, que comunica con el salon de recibo, grande y blanqueado, mezcla desordenada de gusto oriental y occidental, árabe y europeo: del techo, tambien de maderas sin labrar y cañizos, pende un magnífico globo de los que se usan en Madrid; en el centro se levanta un velador cubierto con tapete árabe, y bancos árabes y divanes árabes de percal lo rodean por doquiera; pero en las paredes se ostentan brazos ó cornucopias de tres quinqués cada una, tambien de las que prescriben las modas seguidas en Europa. De este salon se pasa á un dormitorio espacioso con ventanas bajas, que ni tienen maderas ni cristales, solo cortinas, flotantes cortinas de percal. La frase Locanda de Jan á Jabas, se compone de una palabra italiana y otra palabra árabe; Locanda en italiano es «Fonda», y Jan en árabe es «Juan»; por manera que Locanda de Jan á Jabas significa «Fonda de Juan el Jabas.»

Jan-á-Jabas era un zapatero de Jerusalem; mi amigo el conde de Casa Sarria que me entregó una carta para él, le aconsejó hace algunos años que levantara aquel edificio en los campos del Jordan para hospedar á los viajeros, con la seguridad de que le daria buenos productos; y aunque las grandes caravanas llevan tiendas, Jan-á-Jabas gana bastante con su fonda. Es Jan-á-Jabas un árabe cristiano, alto, moreno, con barba negra, con ojos

negros y expresivos, como todos los de aquel país. con rostro dulce, de finísimos perfiles: misterio de la naturaleza es que en los semblantes árabes, tanto en el de la delicada doncella como en el del casi salvaje beduino, existen en prodigiosa armonía el fuego de la mirada y la dulzura de las facciones. Jan-á-Jabas vestia túnica blanca á listitas negras muy menudas, una faja y un keffie. Cuando leyó la carta que le presenté de Casa Sarria, me dijo con melodiosa voz:—«Señor, desde este momento soy su criado de vd.» Y así fué, en efecto, porque no he conocido jamás un hombre tan complacientemente conmigo.

Lo mismo el cura fray José, que el jóven sueco, que yo, nos tendimos en los divanes de aquel fresco salon y disfrutamos un rato los imponderables placeres del descanso. Durante aquellos felices instantes nos sirvieron varias veces agua de limon y de naranja. Miétras tendidos en los divanes gozábamos de aquel delicioso descanso, pregunté yo, á Jan-á-Jabas «Si podria yo coger alguna rosa de Jericó» y me contestó: «Que no era tiempo, puesto que se dan en otoño, pero que tenian cogidas en el almacén del convento de San Salvador.» Volví á preguntarle: «Si me seria posible encontrar alguna manzana de Sodoma» y volvió á responderme «Que cuantas quisiera, porque llenos estaban de ellas el campo y su jardín.» Cuando el sol se hundió en el horizonte, renunciando al grato estar del salon de Jan-á-Jabas, salimos á visitar aquellas fecundas llanuras, morada en otro tiempo

del pueblo de Israel, fray José, el jóven italiano, Hassan, cabbas del cónsul español, Francisco Morcos y yo.

Un negro, más negro y lustroso que el azabache, el cual envió Jan-á-Jabas con nosotros para que nos sirviera de guía y nos complaciera en lo que le mandásemos, nos precedía con una hacha en la mano, porque yo dije que deseaba cortar algunos palos. Nunca se borrará de mi imaginacion aquel negro: erguido, membrado, flexible, bien formado, no llevaba más calzado ni más vestido que una blusa azul sin mangas, que apenas le llegaba á la mitad del muslo, sujeta á la cintura por una gruesa correa. Cuando anduvimos algunos pasos bajo una temperatura sofocante me llené de contento al encontrarme con un bosque de manzanos de Sodomá, cubiertos de abundante y hermoso fruto, que allí llaman La manzana de Lot. Cogí muchas que traje á España, y repartí entre mis amigos. Son estos manzanos grandes arbustos de hoja pequeña, y las manzanas que producen, tambien pequeñas, de bellissimo aspecto, amarillas y encarnadas por fuera, pero llenas por dentro de una sustancia que al secarse parece harina, ó mejor ceniza, como dice la Biblia. Despues de andar largo rato por aquellos frondosos campos, por aquellos impenetrables matorrales, y despues de cortar varios palos con ayuda del negro, cuyos palos traje como reliquia á mi casa, nos sentamos bajo unos sauces á la orilla de un arroyo, y aunque continuaba el abrasador kausin, y aunque el termómetro

tro Reaumnr marcaba cuarenta grados, dia 12 de Marzo, disfrutamos allí momentos de verdadero bienestar.

Desde allí escuchábamos el murmurar del arroyo, que en álveo de flores se deslizaba manso á nuestros piés; desde allí oíamos el cantar de mil pájaros ocultos en el follaje; desde allí veíamos el Mar Muerto, que aunque distaba dos leguas y media, parecia que solo le separaba de nosotros algunos centenares de pasos; desde allí contemplábamos las montañas de la Judea al Occidente, y las de Moab al Oriente; desde allí se ofrecia á nuestros ojos descollando sobre las altas cumbres de Moab, como rey de las tradiciones, como soberano de los secretos, el monte Nebo, donde murió Moisés, donde Jeremías ocultó el Arca santa antes de la cautividad de Babilonia, y donde aquella desapareció para no ser encontrada hasta el fin del mundo. Y este cuadro singular compuesto de las más esplendentes galas de la naturaleza, de ricas tradiciones, de recuerdos religiosos, se desplegaba ante nuestra vista á la plácida luz del crepúsculo de la tarde, y bajo un cielo más azul, más trasparente y más puro que el de España, que el de Italia y que el de Egipto. ¡Que mucho..... si es el cielo que cubre la tierra de promision! ¡Qué mucho..... si es el cielo que vela la morada de Jesus y de María!..... Cuando la noche tendió sus sombras por aquellas históricas campiñas, nos retiramos á la Locanda de Jan-á-Jabas.

V.

Jan-á-Jabas nos guardaba preparada en la mesa del comedor una gran cena, que un árabe nos sirvió por detras como en Europa. Se compuso aquella cena, que tomamos con gran apetito, de sopa de fideo, de carne asada con patatas, de jamon de jabalí con calabaza, de dulce de albaricque, de pastas, de queso, de naranjas de Jaffa y de café de Moca. Durante mi viaje á Oriente, y á pesar de haber estado en el Cairo en el gran «Hotel du Nile,» nunca comí con tanto apetito ni con tanto gusto como esta noche. ¡Es que esta noche la pasaba en el campo, y el campo para mí es la vida! Despues de hacer Fray José sus rezos de rúbrica y de tomar yo mis notas de costumbre, salimos todos, incluso Jan-á-Jabas, á ver la caravana inglesa que ya habia llegado, y á ver las heroicas danzas de los beduinos.

Jamás he presenciado un cuadro que con más fuerza haya fascinado mi imaginacion: creia que lo que veia no era una realidad; creia que era un sueño, ó que leia uno de los cuentos de las Mil y una noches. ¡Cómo recordé en aquel instante algunos poéticos capítulos del Antiguo Testamento! La noche estaba oscura, pero el cielo siempre trasparente, siempre puro: á doscientos pasos á la derecha de la Locanda habia plantado la caravana inglesa sus veinte y tantas tiendas cónicas, más blancas

que la nieve; junto á las tiendas se hallaban silenciosos y quietos los caballos, aquellos caballos más ligeros que el viento, y algunos corpulentos camellos color de ceniza; en tercer término se distinguian varias fogatas, donde criados negros condimentaban la cena; y cincuenta y tantos grandes faroles colgados de los arbustos, alumbraban con su vaga incierta luz este cuadro. Los ingleses paseaban entre los faroles, y allá habia algunos franceses tan absortos como yo. ¡Qué extraño era, si en medio de la pradera que entornaban los faroles, se agitaban treinta beduinos formados en batalla, obedeciendo, secundando las voces del cabo, que frente á ellos se agitaba tambien! Todos tenian los sables desnudos, todos los esgrimian al son de sus canciones, y sus canciones, que figuraban con admirable verdad la voz de guerra, el grito de la victoria, el clamor del herido ó el quejido del moribundo, eran tales, que el europeo no puede comprender sin ir á oirlas á los campos de Jericó. Ora caian al suelo aquellos fornidos hombres; ora doblaban una rodilla en tierra levantando al aire los sables; ora se ponian súbitos de pié, y alzando fuertes voces, chocaban las armas unas con otras, produciendo raro estridor que se perdía por el desierto..... Parecia que bailaban aquellos beduinos y no bailaban; parecia que representaban un drama y no lo representaban..... es que cantaban su historia; es que cantaban sus glorias; es que cantaban las proezas de Haguil-Hagá, jefe sobe-

rano de los beduinos del Jordan, tremendo caudillo, intrépido como el primero, valiente como el de más valor, á quien nunca dominó el sultan, á quien nadie venció en la pelea, y que murió víctima de las asechanzas de Francia. Hoy el jefe de los beduinos del Jordan es Huetin, hijo del gran Haguil-Hagá. ¡Pero el hijo, exclaman los beduinos con dolor, ni es tan guerrero, ni es tan valiente, ni es tan indomable como el padre!

Otras noches, cuando llegan caravanas acuden también las beduinas á ganar otro Batchix con sus ingeniosas danzas; más la noche que yo pasé en las ruinas de Jericó no tuvimos el gusto de verlas. ¡Plácida noche..... noche encantadora..... qué recuerdos tan gratos dejaste en mi alma!.....

VI.

Martes 13 de Marzo.

Nos levantamos á las cinco de la mañana, desayunamos en el comedor de la Locanda y montando luego nuestros caballos, Francisco Morcos, Fray José, el jóven italiano, Hassan y yo, y precedidos por un beduino de más edad y ménos simpatía que Mahomet, el de la tarde anterior, rompimos la marcha hácia el Mar Muerto, distante dos leguas y media, con el fin de llegar á él ántes de que tomara fuerza el sol. Felizmente no

fueron necesarias estas precauciones, porque el cielo apareció casi cubierto de nubes, y porque habiendo variado el viento, aunque siempre hacia calor en aquellos campos, no era ni con mucho el calor insufrible del kausin. Cuándo nosotros partimos de Locanda, aun dormía la caravana inglesa, aun dormían junto á la caravana sus caballos y sus camellos; tranquilidad y reposo imperaban en aquellas tiendas.

Dos horas y media empleamos en llegar al Mar Muerto; durante cuyo tiempo caminamos con grata conversacion por una extensa llanura ondulada, cubierta de copudos arbustos tan altos, que á pesar de ir á caballo nos llegaban á la cabeza; como yo preguntara á Francisco Morcos:

—¿Donde están esos beduinos de que tanto se habla?

Me contestó:

—Señor, le están á vd. viendo aunque vd. no los ve á ellos.

Y en efecto, en un punto en que los arbustos no nacían tan espesos y eran algo más pequeños, descubrí muy cerca de nosotros dos ó tres familias de aquellos, tendidas en el suelo bajo las matas y junto á los camellos, sus inseparables compañeros. Como yo habia leído muchas veces y en diferentes autores que en los contornos del Mar Muerto falta toda vegetacion, tuve mucho cuidado de observar si este fenómeno era una realidad ó una exageracion poética. Cuanto sobre este par-

particular se ha escrito me ha parecido pálido después que he recorrido aquellos lugares. Los extensos campos de Jericó son fertilísimos hasta el punto de dar dos cosechas al año; pero á medida que el viajero se aproxima más á aquel terrible lago, llamado Mar Muerto, van desapareciendo los arbustos, va presentándose el suelo arenoso y casi desnudo, van haciéndose más ásperas las ondulaciones del terreno, va cesando el canto de las aves..... Luego el canto de las aves desaparece por completo; casi por completo desaparecen las plantas..... Luego las plantas concluyen también y nubes de mosquitos sofocan al viajero..... Hasta los mosquitos faltan á su vez..... El viajero camina por una explanada de arena sin ruido, sin variedad, sin vida.....!

El Mar Muerto, el Lago Asphaltite, es una excepción de todos los lagos, de todos los mares del mundo.....! no hay yerbas en sus orillas ni olas en su superficie, ni peces en sus aguas, ni aves en su cielo. ¡Es el Mar Muerto! Es el tremendo castigo que Dios envió á dos ciudades nefandas, á Sodoma y Gomorra, que con su pecado permanecen sumergidas en su fondo! El Mar Muerto produce una impresión aterradora; sin flujo ni reflujo, sin ruido, sin oleaje, sin brisas, sin nada, se extiende silencioso entre las altas montañas de Judea y en las más altas montañas de Moab; testigo eterno de un crimen espantoso y de un espantoso castigo; allí permanece inmóvil transmitiendo con

su expresivo silencio á las generaciones posteriores lo que sucedió á aquellas generaciones por su horrenda prevaricación.

Mientras mis compañeros de viaje andaban de acá para allá, dominado yo por místico recogimiento contemplaba absorto aquel mar, aquellas montañas y aquel cielo, y me decía á mí mismo:

En tiempo de Abraham, cuando su pariente Lot vino á poblar estas campiñas, á estas campiñas llamaba la Biblia «el jardín del Paraíso,» y entre bellas flores desconocidas hoy, iba el Jordan regando pensiles á verter su aguas en el Mar Rojo. Después cinco magníficas ciudades Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y Segor, formaron aquí el recinto de la Pentápolis, región de muchos temida y de todos envidiada..... Después aquel pueblo hizo lo malo delante del Señor, y bajó fuego del cielo, y brotó azufre hierviéndose de la tierra, y un mar tremendo y misterioso surgió del seno de los abismos, y toda aquella grandeza y todo aquel poderío concluyó en un instante; se desvaneció como el tamo de las eras, como el humo de la paja. Nada de cuanto existió existe ya; aquellos jardines están convertidos en arenales; dos de las ciudades sumergidas en el mar; las tres restantes reducidas á escombros en la falda de los montes; fatídica quietud vela sus ruinas, y de su opulencia solo queda un vago recuerdo confundido con el recuerdo de una horrorosa falta y de un castigo sin igual.» Y le